

fechado en Valencia cuatro de mayo, calificando á las Córtes de usurpadoras y culpables de lesa-majestad; anulando los actos constitucionales, y declarando no trascurrido el tiempo de las reformas; pues que daba por no hecho todo lo practicado en aquella época de emancipacion. Las persecuciones y horrores con que la reaccion vengó sus derrotas, no permiten ser referidos sino en capítulo aparte. Haremos notar por término de este periodo de la revolucion española, que en tanto que Luis XVIII subia al trono de Francia perdonando agravios, y conciliando enemistades, Fernando VII inauguraba su restauracion con proscipciones, lágrimas y sangre, y lanzando una parte de sus vasallos sobre la otra á la escitacion de sus crueles iras; y recuérdese que Luis XVIII contaba á sus parientes entre las víctimas de una revolucion cruenta, y habia penado veinticinco años en el destierro; Fernando habia sido elevado contra la misma lealtad, y restituido al sólio por los mas costosos sacrificios... ¡Qué contraste!

X.

Se sucumbió el sistema liberal por un golpe de Estado, que sumió á España en un abismo de humillacion y miseria; revelándose Fernando, tal como los afectos á Godoy le pintaban á la preocupada muchedumbre, que en la ignominia del trono y el pais creyó al Príncipe de Asturias un regenerador providencial. No bastaba que el Rey fuera tirano: era tambien preciso que añadiese á este título el de falaz. Al destruir las libertades patrias en su manifiesto de cuatro de mayo prometió garantías á la imprenta, y respeto á la libertad individual, y la reaccion no solo conculcó estos fueros; sino que descendió á los tiempos de Felipe II, y la Inquisicion volvió á ser el auxilio de las ven-

ganzas reales, y la nota de *herejía* con sus consiguientes penas vino á sellar los lábios á la opinion pública. Wellington no pudo conseguir otra cosa mas que no se aplicara la pena de muerte á los reos políticos y apesar de tal promesa los palibulos dieron cuenta de buen número de victimas, mientras patricios como Argüelles iban destinados á los presidios de Africa; Quintana sufría el mas duro encierro en la Ciudadela de Pamplona; el ilustre Valdés gemía en rigoroso cautiverio y otros como el egregio Antillon perecian miserablemente á consecuencia de inicuos tratos y vejaciones sin medida. Toreno con algunos prevenidos á tiempo comian el pan amargo de la emigracion, en tanto que se les condenaba á la horca por los tribunales de su patria. Tambien creyó el absolutismo insuficiente constituirse en antítesis de la reforma. Era forzoso que fuese aun mas allá; porque con devolver los bienes al clero no se hacia lo bastante; era menester agravar las cargas de la riqueza pública, eximiendo de todo tributo al patrimonio eclesiástico. No parecia completa la restauracion del Santo Oficio, sino se le destinaba á servir de instrumento á las tremendas iras del poder real. No satisfacía las aspiraciones del depotismo, autorizar la dominacion de las Comunidades monásticas; sino que respetó de la mayor con-

veniencia retrogradar aun desde Carlos III; restablecer la compañía de Jesus, llamarla en el decreto columna de los tronos, y atribuirle el mérito de nuestra lucha con el capitan del siglo.—La diplomacia europea fué tan mezquina como siempre; tan consecuente consigo misma como en el reparto de Polonia.—Inglaterra, Rusia, Prusia, Austria, Suecia, Dinamarca, habian pagado un tributo de justo respeto á las Córtes; reconociendo el régimen noble y civilizador, que á la vez mantenía la integridad del territorio contra el comun enemigo, y ponía término á los abusos, que perpetuaban con el mal gobierno interior el atraso de las luces. Cuando un golpe alevoso anuló aquellos gérmenes de nueva vida, ninguna de aquellas potencias tuvo una palabra de conciliacion con que mitigar los furores del realismo; ninguna dió una prueba de simpatía á los pro-hombres de aquella revolucion generosa, tan deslealmente vencida; abandonándolos á la saña del bando reaccionario, cuando ya no necesitó de su ayuda en la coalicion contra el Sémi-Dios de la Francia.—Ningun gobierno, ningun pais aceptaron aquella alevosia del Soberano español como un hecho legítimo, y así el trono que los desórdenes habian llenado de oprobio bajo el reinado de Carlos IV, se atrajo el desprecio á la reinstalacion de Fernando VII; porque inauguró su dominio con la mas

torpe de las violencias, y le continuó entre los atropellos de una execrable tiranía en el interior, y las bajezas de la política mas vergonzosamente pusilánime en sus relaciones exteriores.—Fernando en España era una continuación lógica de aquel Príncipe primogénito, supeditado por una camarilla facciosa; conspirador dispuesto á recoger el fruto de tareas reprobadas, y á vender á sus cómplices en el primer instante del peligro. Artificioso en su trato, mostrándose el mas respetuoso de los hijos mientras preparaba á sus padres la destitución, sino otra cosa que nos resistimos á creer. Suscribiendo á las retractaciones mas humillantes, y á la ignominia por salvarse de los riesgos á que dejó espuestos á sus colaboradores. Arrancando la abdicación á su padre entre los alaridos de la multitud por su influjo concitada. Prostituyendo la dignidad del país á merced del extranjero. Posponiendo á sus miras poco decorosas los votos de un pueblo, que en su ciego entusiasmo le atribuyó virtudes que nunca mostró poseer. Abatiéndose hasta el último punto ante el consejo de familia reunido en Bayona. Adulando insistente la mano que derribaba la corona de su cabeza, y solicitando alianzas con el verdugo de sus leales vasallos. Renegando de la causa que invocaba su nombre con aliento imponderable: Aceptando en el día próspero los sacrificios de

una lealtad, que insultó con denigrantes epítetos; lisonjeando el heroísmo ibero para pagar tantas proezas con una dominación, que no solo destruyera las libertades, que fueron su fruto, sino que descendiera á buscar tipo en las épocas de mas cruda opresión que memora nuestra historia.—Fernando fué para Europa una correspondencia inmediata de aquel Príncipe, que buscó apoyo de sus rebeldías en el soldado de la revolución. Que dió el escándalo de una intentona siniestra, seguida del desdoro de su nombre, á que suscribió públicamente. Que explotó los estravíos de sus padres para precipitar los sucesos, y hacerse rey. Que ya Soberano, intentó conjurar con el servilismo las adversas disposiciones del poder imperial: cayó en los lazos de Bonaparte con una debilidad, tanto menos excusable cuanto que pudo advertir el peligro el menos avisado de sus vasallos: escribió las memorandas epístolas de Valencey, y al grito doloroso de cada derrotada hueste de la independencia contestó con una degradante enhorabuena del cautivo al usurpador. Que restituido á su país, no tuvo reparo en visitar aquellos teatros de la gloria de su pueblo, de que había apostatado; preparándose á destrozarse una por una las reformas, que hacían del gobierno un acto y no un capricho. Que no atreviéndose al abuso de día claro, á la faz del continente, buscó las som-

bras protectoras de los misterios criminales, y amaneció con el pié sobre el código de las libertades públicas; asentando su imperio entre proscripciones, destierros y crueldades sin número.

Y así fué como en el interior Fernando VII no pudo sostenerse sino á fuerza de atentados y atrocidades; haciendo de su época una página fatal para la historia monárquica.

Y así fué como en el exterior el hijo de Carlos IV, mirado con tédio por todos los gobiernos, sufrió desaire tras desaire, y devoró en el silencio de la impotencia las invasiones y los insultos; porque mientras se odiaba en él la felonía política por las naciones, tenía una mitad de su pueblo lanzada sobre la otra mitad.

En el interior Fernando comprendiendo el curso insofocable de las ideas reformistas, y persuadido de que no alcanzaría á detener el progreso de los principios, no se fiaba de los mismos hombres del consejo y por otra parte se veía en la necesidad horrorosa de matar para vivir.—Mientras una deuda enorme pesaba sobre el Erario, el miedo de promover cuestiones peligrosas, hacia pagar una asignacion anual de veinte millones de reales á los reyes padres, moradores en Roma. Los cómplices en el golpe de estado no cesaban de solicitar títulos, pensiones y recompensas de su coope-

racion. Las colonias sacudían el yugo de la metrópoli, y aumentaban la penuria con la supresion de sus contingentes. Partidas de latrofaciosos infestaban la Andalucía, Estremadura y asperezas de la Mancha. Apurados los recursos se obtuvo del Papa una bula, que concedía un subsidio. Se puso á descuento á los empleados, y se aumentaron los quejosos con los que sufrieron cercenamientos en las prodigalidades ruinosas de la corona. Se malversaban los fondos recaudados y el producto de la indemnizacion del tráfico negrero, pactada por la Inglaterra, se empleó en comprar á Rusia buques inhábiles para el servicio; acallando el rumor de la indignacion pública la amenaza de acusacion de herejía al que hablase bajo nuestros piés. Empezaba á formarse en la sombra un partido de rabiosa intolerancia; partido que no solo no podía transigir con el primer paso hácia la novedad, sino que para estar mas lejos de las innovaciones, se empeñaba en el retroceso; y este partido, que por el calor ardoroso que le inflamaba se dió en llamar *Apostólico*, no veía su gefe en el rey á quien juzgaba aplicable el afrentoso lema «*fuerte con los débiles, y débil con los fuertes*»—sino que volvía los ojos con cariñosa predileccion hácia el infante don Carlos, y minaba el terreno por abocar al mando á el Prín-

cipe; acérrimo enemigo de toda innovacion; prosélito del despotismo monárquico; devoto hasta la supersticion, y que confundía la firmeza con la sevicia en sus consejos incesantes contra los reformadores.—Así es que Fernando vivía entre las zozobras mas insoportables. No osaba conceder su confianza, receloso de un abuso, y sus ministros ascendidos por un capricho, no esperaban descender de otro modo que por sorpresa, y destinados al destierro, ó á la confinacion.—Tal aconteció á Pizarro, Casa-Irujo, Macanáz, Garay y don José Imáz.—Los hombres que mas funestos recuerdos tenian en la guerra de la independencia, como Eguía y Echevarria, colocados por el rey en primera linea, se apresuraron á reemplazar á los oficiales con hechuras suyas, ó de antecedentes odiosos, ó sin antecedentes; con lo que reinaba en el ejército una sorda conmocion, agravada por los envíos de gente á las Américas donde inútilmente hacian el sacrificio de sus vidas; porque las colonias, en vista de los horrores de un despotismo feroz en la Península, se defendian hasta el último trance, auxiliadas por los ingleses, y aprovechando la situacion precaria del poder absoluto.—La nacion palpitaba ante el espectáculo de las demasías con que los agentes del gobierno deshonraban la causa realista.—Ello, *el hombre de vigor*, segun Fernando, escedia

todos los limites de la autoridad en Valencia. Descubierta una conspiracion faltan pruebas para imponer el castigo por la jurisdiccion ordinaria, y se entregan los procesados al tribunal de la fé, que los somete á sus atroces torturas.—Estalla una conmocion á cada punto, y en las egecuciones se toca el refinamiento de la barbarie.—Mina fomenta la primera insurreccion, que frustrada obliga al guerrillero á buscar refugio en el territorio francés.—En Galicia, Porlier, (*el Marquesito*) subleva á la Coruña, y al dirigirse sobre Santiago la traicion de los sargentos le pone con sus cómplices á disposicion de las autoridades, y concluye una existencia de glorias y fatigas en el suplicio afrentoso de la horca.—Richard, alma fogosa, corazon del temple de los Brutos romanos, propone á sus colaboradores en una trama secreta deshacer á España de su opresor, y concluir con un golpe de su diestra, una vida que es la muerte de las libertades patrias. La delacion lo entrega á la venganza real, y espía su intento en el patíbulo. El Santo Oficio continúa los procedimientos, y su encono busca en vano cómplices á un propósito, que solo contaba con la ayuda de un ánimo resuelto y un brazo firme. El tormento se emplea contra Odonojú y Yandiola, entre otros tratados como fautores de Richard; pero la crudeza de los apremios no obtiene el re-

sultado que procura el feroz absolutismo.—Lacy, otro de los capitanes mas ilustres en la guerra de la independencia, poniéndose de acuerdo con Milans y varios compañeros de armas, intentó un pronunciamiento liberal en Cataluña, que fracasó por la indecision de algunos oficiales. Casi todos los sublevados lograron salvarse; pero Lacy aprehendido por un destacamento, fué llevado á Barcelona, y el consejo de guerra le sentenció á muerte. Sus servicios y eminentes cualidades le habian valido tantas simpatías, que se juzgó peligroso el sacrificio en la capital; consultándose por tanto á Madrid. Ricibióse la orden de trasportarlo á Mallorca, y cuando todos lo creian indultado de la última pena, se le fusiló en el foso del castillo de Bellver entre las tinieblas de la noche; porque el despotismo tenia á gala las formas alevosas, y libraba su dominio al terror de las catástrofes repentinas.—El coronel Vidal, se constituyó en gefe de una conspiracion, que tendia á los propios fines que las anteriores. El general Elío noticioso del local en que celebran sus sesiones los conjurados los cerca con su escolta. Tratan los conspiradores de abrirse paso, y su gefe cae herido de muerte por el general, mientras los otros son presos, y llevados á los calabozos, mal heridos la mayor parte. Las formas, aun las mas espeditivas del juicio militar, son una dilacion

estremada para el sanguinario Elío, y sin otro actuado que la orden de ejecucion, doce peceren fusilados por la espalda, y Vidal en los últimos estertores, de la agonía fué conducido á la horca; porque el tigre de Valencia no quiso dejar á la muerte su presa, cuando aun podia hacerla pasar por las manos del verdugo. La causa paró en la Inquisicion que dió tormento á mas de setenta personas en sus indagaciones por la via de último apremio.—Fernando premiaba cada ferocidad de sus agentes con recompensas, que sirviesen de estímulo á las demás autoridades, y al frente del bando apostólico aspiraba al esterminio de unas doctrinas, que principiando por el catálogo de los mártires, habian de seguir con la conquista de la conciencia pública.—Fernando renunciaba á la popularidad por adquirir los aires de dominacion altiva, y al revés de los tiranos, que alhagaban la fuerza armada como base de su imperio, despues de grandes promesas y ofrecimientos lisonjeros, dió á luz menguadas ordenanzas, que daban un pronunciado carácter de comunidad monástica al ejército, y prohibian, entre otras cosas, los cantos belicosos con que se infundian aliento los soldados al cerrar con el Soldado de la Francia.—Fernando parecia renegar aun de la gloria de su pueblo como en Valencey. Colocó preferentemente á los hombres de peores recuerdos en la guerra

con Bonaparte, como Eguía, Echevarria, y Ezpeleta, que entregó al enemigo las fortalezas de Barcelona, y desairaba siempre que halló coyuntura á los gefes y oficiales mas distinguidos en la heroica campaña.—Cuando se le encomiaba una proeza en aquella memoranda lucha solía responder con la severa entonacion de un Espartano «*Cumplió su deber.*» «*¡Cumplió su deber!*» Singular alarde de abnegacion en quien pasó su vida faltando á todos sus deberes.

En el exterior Fernando hizo á su nacion blanco del menosprecio continental, y este menosprecio hubiera sido tolerable si entre Cárlos IV y su primojénito no hubiese mediado un período, en que el pais por sí solo supo merecer la admiracion de Europa, y recibió las mas honorificas señales de unánimes simpatías.—Napoleon aparece como devastador meteoro en la costa de Cannes; atrayéndose las mismas tropas destinadas á perseguirle. Luis XVIII evacua á París y Bonaparte recoje el cetro abandonado en las Tullerías. Los gobiernos de Europa se estremecen al saber que en Ligny ha derrotado á los prusianos, y se coaligan contra él; dando la direccion militar suprema á Wellington, que en Waterloo eclipsa para siempre la estrella de la fortuna colosal del Corso. Las Córtes estranjeras rehusan todo trato con el Soberano

de Elba, quien confiándose á la generosidad de la Gran Bretaña espío en la iniquidad de un encierro rigoroso en Santa-Elena tantas iniquidades, tantas falsias políticas, de que le acusa la historia. «*Quien mata con hierro por el hierro ha de morir.*»—La Francia se convierte en un campamento militar donde el uniforme encarnado del recluta inglés alterna con la blanca casaca del austriaco, y el dorman del prusiano con el caprichoso arreo del cosaco del Don.—España toma parte en la jornada. Castaños al frente de un cuerpo de ejército penetra en Francia; pero los Borbones franceses entre las bayonetas de Europa aperciben las nuestras, y se permiten un rasgo de independenciamos con Fernando VII, amenazándole hasta que retira sus tropas.—En el Congreso de Viena nuestra nacion fué desairada en la persona del ministro Labrador, y para nada se contó con ella en aquella junta, que debia arreglar las relaciones continentales.—Ya queda referido el villano dolo con que la Rusia escamoteó nuestro dinero por darnos bajeles fuera de servicio: innoble juego en que el gabinete moscovita hizo de *banquero floreador*, y el gobierno de España de *palomo* ó *victima*.—Portugal no obstante los lazos de familia con que recientemente se hallaba aliada á Fernando se arrojó sobre Montevideo de improviso. El rey no encontró recurso mas

óbvio que dirigir un memorial en queja para ante las grandes potencias de Europa, que á las primeras fútiles disculpas de la casa de Braganza abandonó á su rapacidad la presa; quedando sin satisfaccion el ultraje á un pueblo, que hacía poco se trabara en pelea con el Alcides de la edad moderna, y devoró el insulto del pigmeo.—Los Estados- Unidos siguieron el ejemplo de Portugal, apoderándose de las Floridas. A esta usurpacion contestó Fernando, con tratos de venta; sin interrumpir las relaciones diplomáticas por aquella expedicion de filibusteros, y recibiendo del presidente Jackson evasivas, que eran una agravacion del atentado.—Rusia tenía un dominio incontrastable en la Côte por su embajador Tatischeff, y así el gobierno español, mirado con ceño por la Inglaterra; con desden por la Francia Constitucional de Luis XVIII (quien aconsejaba á Fernando aquel constitucionalismo que consistia en «*manger la soupe en famille*» «*comer la sopa en familia*») visto con marcado enojo por Austria y Prusia, se entregaba á las inspiraciones de San Petersburgo, y á su insinuacion creaba la Direccion de Ultramar, confiándola á una oscura ineptitud, á un tal Ugarte, que empeoró los asuntos de las colonias, intentando desplegar el rigor con que el absolutismo se entronizaba en la malhadada Península.—Inútilmente peleaban

nuestras expediciones en América; pues á trueque de algunas glorias como la toma de Cartagena de Indias, y la accion de Cachiri, sufrían considerables descalabros por los guerrilleros de Bolívar. Nuestros soldados resistían el embarque á las colonias, sepulcro de sus compañeros, y una expedicion de dos mil hombres que salió de Cádiz para Lima en el navío Trinidad echó al mar á sus oficiales, y se reunió en Buenos-Aires con los insurgentes. La fragata Isabel cayó en poder de los sublevados chileños, y el misterio mas profundo envuelve la suerte de los demás buques de la desafortunada expedicion.—El gobierno insistiendo en sus propósitos mandó preparar otra expedicion en Cádiz bajo el mando del Conde de Labisbal, compuesta de seis navíos de línea, seis fragatas, convoyes de buques mercantes, y fuerza de diez y ocho mil hombres, con destino á la sirte en que la revolucionada América iba precipitando nuestros mejores soldados.

Déspota sangriento en el interior, Soberano mirado con horror ó desden por Europa, Fernando Séptimo imponía silencio á cuantos se atrevieron á advertir que con el sistema de la crueldad empeoraba la causa absolutista. El Empecinado que en una reverente esposicion osó manifestárselo salió para un destierro. El mismo Escoiquiz que insinuó

la urgente necesidad de algunas reformas fué despedido de la Corte y relegado á la Andalucía. Hubo que disolver algunos cuerpos. Los comandantes de presidios y fortalezas recibieron orden de aumentar el rigor con los reos políticos, y el consejo de Castilla pidió en vano gracia para ellos.—Fernando presentia la revolucion de 1820.



XI.

Un incidente singular marca el fin del año 1819. Los coroneles de las milicias provinciales recibieron una circular firmada por el inspector general de su instituto, en que se prevenia la reunion de los cuerpos; acompañándose diplomas de promociones para unos oficiales y órdenes de destierro para otros. El coronel de la milicia toledana acusó el recibo, y el inspector vino en conocimiento de que se habia suplantado su firma: avisó al punto al ministerio, y los extraordinarios se cruzaron ganando horas, para evitar el efecto de las falsas circulares.—En 8 de diciembre se dió un decreto, prometiendo gratificacion